



Cada vez que venimos de provincias a Madrid es para cosechar un nuevo haz de desilusiones. Por dondequiera que vayamos de la Corte y Villa nos salta los oídos este sombrío agüero: «¡Esto no tiene remedio!» Y los que no lo dicen, por haberse creído obligados por patriotismo a hacerse profesionales del optimismo, lo dan a entender con el tono en que hablan de los remedios ya en acción.

El dolor, el verdadero dolor colectivo acaso no exista. Fíngese, sí, ese dolor, pero es como lo fingen ciertos enajenados—o más bien ensimismados—melancólicos para complacerse en la queja, por voluptuosidad. Díjérase que esta España ficticia de la Corte y Villa y sus aledaños y dependencias padece ensimismamiento melancólico. Lo que no le priva, ¡clara está!, de divertirse, y de divertirse además con la ficción de su pena al verse así. «¡Y para qué se toma usted la inútil molestia de indignarse...?», le preguntan a uno. Sí, es, según ellos, un trabajo perdido. Acaso creen que todo trabajo es perdido. Y dedícanse a pasar el rato y a matar el tiempo. Todos creen estar en el secreto. Y el secreto, secreto a voces, es que no hay tal secreto, es que no hay nada. Un nihilismo impasible y hasta regocijando inunda las almas.

En estos pocos días que lleva en la Corte el que urde estos comentarios, una parte de la Prensa se ha puesto a atacar furiosamente al señor presidente del Consejo de ministros de S. M. el Rey, sacándole a relucir no sabemos qué negocios de la casa industrial de que es jefe, y ello con ocasión de la nota de España en contestación a la de Wilson.

Este comentarista, cuya opinión respecto a la actual guerra europea y a la actitud que España debe guardar frente a ella es perfectamente definida y bien conocida de sus lectores habituales, no tiene que decir que esa nota le parece muy bien. Debe añadir que cree justo que el jefe del Gobierno acepte su responsabilidad, haya sido o no de su iniciativa y haya brotado o no de su consejo, y a la vez que no ve verdadera incompatibilidad moral entre haber autorizado esa nota y pertenecer a una casa de negocios que los hace con una de las partes beligerantes. No, no ve esa incompatibilidad; lo declara seriamente. Pero...

Pero se trata de quien se trata y es cosa terrible cuando por sus culpas cae sobre un hombre un veredicto público nacional. Es una némesis fatal, es un hado. Llega un momento en que toda rehabilitación se hace más que difícil. El arribismo sin verdadera ambición, sin alta ambición patriótica, sin el noble orgullo de quien aspira a sobrevivir limpiamente en la historia, atrae un lúgubre castigo. Y llega el triste ocaso de una vida pública de constantes habilidades que se tornan en constantes abdicaciones.

Acaso ese hombre, allá en sus mocedades floridas, soñó con representar un día un noble papel histórico en su patria, con dejar con una obra política y legislativa un nombre, acaso prendió en él, sobre otras pasiones más oscuras y sórdidas, la pasión luminosa y embriagadora de la gloria. Para satisfacerla cumplíale llegar al más alto puesto político a que en una Monarquía puede un vasallo llegar, y acaso aspiró a ese puesto como a un medio y no como a un fin. Así lo queremos creer; así lo creemos. Pero la técnica política, el maquiavelismo, la dominó y la perdió. Como todos los que creen, muchos de buena fe, que el fin justifica los medios se atolló en los medios mismos. ¡Y ay de aquél que cae en el virtuosismo de la arbitrariedad y de la habilidad! Acaba por dejar de ser hábil con tal de parecerlo. Y luego, ni lo parece.

No lo sabemos bien; pero tal vez trajo de la patria de Maquiavelo la concepción de esa política que llaman realista, antirromántica, pragmática, concepción que en nuestro ámbito tiene que degenerar en picarismo.

Y empezó su vida pública y fué trepando por los escarpes del Poder. Y fué haciéndose una fama que habría de esclavizarle. Muchos, muchísimos españoles—el que este comentario elegiaco traza ahora, entre ellos—hemos creído en algunos momentos en él, hemos querido creer en él, hemos esperado en que su mejor natural, el abogado por un crédito fatídico, que no es a la postre sino descrédito, en que ese su mejor natural se sobrepusiera a una detestable educación pública y la domeñara. Esperábamos a que se afirmase en su poder para que empezara a construir para la patria. Y en tanto, se ligaba con la banda.





Quiso hacerse amigos, ¡pero cómo! Y hoy de seguro que se siente entre sus partidarios, entre aquellos a quienes llama suyos, solo, íntima y enteramente solo. Y no son suyos, no; es él de ellos. ¿De qué le habría servido a Roqueguinari, naturaleza noble, sintiéndose arrepentido, y muestras de algún arrepentimiento dió a Don Quijote, retirarse al claustro dejando su azarosa vida? Los suyos no le habrían dejado. Los suyos, aquellos de quienes él era, aquella triste banda de forajidos que no eran capaces de ganarse de otro modo su vida, le habrían hecho sentir que no era ya caritativo dejarles en medio del bosque sin caudillaje. Son los trágicos intereses creados.

Dicen de ese hombre los que parecen saber de estas cosas, que no es hábil, como por ahí se cree, en asuntos de negocios financieros, que le han engañado en ellos cien veces. Le creemos muchos cuando asegura, y así lo ha hecho público, que necesita recogerse a la vida privada y atender al restablecimiento de su fortuna, algo quebrantada. Creemos muchos que, en cierto sentido, el ejercicio del Poder público le es perjudicial, aunque no tanto como lo es a la patria; creemos firmemente que, lejos de lucrarse con él, se perjudica en sus intereses. Y ello sin considerar otros perjuicios, como la intranquilidad y el desasosiego que tales funciones llevan siempre a un hogar. Si creemos que, hoy por hoy, ese hombre que tantas nobles cualidades sacrificó al logro del Poder hace un verdadero sacrificio al dejar que le tengan preso en él. Pero ...

Es la terrible expiación de quien soñando acaso en un principio con hacer patria y para ello escalar al más alto puesto convirtió a los demás hombres, para lograr su propósito, en medios, en instrumentos, acaso en juguetes. Jugó con ellos; ejerció con ellos la virtuosidad de la técnica política. No vió en los ciudadanos más que electores. Y así como el avaro se goza en amontonar oro, sin cuidarse del fin a que el oro sirve, así se gozó en ganar elecciones y en hacer y deshacer crisis ministeriales, sin cuidarse del fin a que eso sirve. Hizo de la política, como de la caza, un deporte. Y así como hay cazador por deporte que, sin necesidad —como sería el caso de un cazador furtivo de ganarse el pan—, va a cazar en tiempo de veda, y acaso convida a

ello a un jefe de la Guardia civil, y todo ello por intenso regocijo de gustar la dulzura y sabrosidad del fruto prohibido, así ese hombre en el deporte político se complació, sin provecho, en las cosas tortuosas habiendo camino derecho. Es el maquiavelismo puro; es casi el mefistofelismo. Y en el fondo terrible, frivolidad, acompañada de la abulia de la voluntariedad.

Y la frivolidad llega a adquirir los tremendos caracteres de algo que hace reír cuando debiera hacer llorar. Es cosa fatídica la risa, que por dondequiera sigue en España a ese tan típico y castizo ejemplar de un carácter nacional, hondamente trágico. ¿Hay nada más trágico que los protagonistas de nuestras novelas picarescas? En aquel «¡Maura, no!», que resonaba, con eco más o menos falso, hace algún tiempo, había un homenaje de respeto, de admiración, en el fondo hasta de adhesión a lo que su nombre representaba. El hombre del ¡no! aparecía como una idea encarnada. Pero a ese otro hombre, ni se le niega siquiera. —Pedro negó a su divino Maestro—. ¿Para qué? Así se dice la gente. Y llega la trágica seriedad del destino de que a un hombre que aspiró a cosas muy serias no se le tome ya en serio. Y luego le envuelve una fatídica leyenda. Leyenda, sí, pura leyenda acaso; ¿pero no es uno mismo quien se forja su leyenda? Quiso pasar por hábil, por travieso, por práctico.

Ha jugado con los hombres; los hombres empiezan a jugar con él. Y ya nadie le cree. Y lo que es peor, le creen menos cuando dice la verdad. Si miente, por seguir representando el papel que el público le ha impuesto, cree el público que dice lo que siente, y si alguna vez, sacando su mejor natural, lo que le llevó a las tablas, dice la verdad, dice lo que siente, el público se ríe a carcajadas, exclamando: «¡Con qué gracia miente!» No es posible que el gracioso llore de veras en escena, ni aun cuando se le esté muriendo un hijo.

¡Y es lástima, es grande lástima! ¿Qué cosas pudo haber hecho ese hombre! ¡Y qué cosas pudo no haber impedido que se hicieran por empeño de no hacerlas él!

Miguel de Unamuno.

